

Revista de Políticas Sociales

Lo mejor de la ciencia política

Mariano Fontela

Director del Centro
de Estudios de Políticas
Sociales

(Andrés Malamud y
Miguel De Luca:
*La política en tiempos de
los Kirchner*
Buenos Aires, Eudeba,
2011, 336 páginas)

Con las compilaciones de artículos resulta casi imposible realizar reseñas que no terminen resultando una simplificación injusta contra alguno de los autores, y más en los casos como el de este libro, que reúne textos de nada menos que 24 encumbrados politólogos de una generación aún “joven”, en su mayoría con doctorados en Europa o Estados Unidos; otros son profesores de la UBA o la Universidad Torcuato Di Tella; y varios son investigadores del CONICET. Con semejantes pergaminos académicos, es lógico esperar que el libro rebose de excelencia. Así lo plantea en el prefacio Luis Tonelli: los autores de los artículos “representan lo mejor de la ciencia política contemporánea argentina”. Por su parte, los compiladores Malamud y De Luca sostienen que todos ellos, “sin excepción, son especialistas en el área sobre el que se los invitó a escribir”. Debido a la virtual imposibilidad de describir los principales aciertos de tantos artículos, esta reseña se centrará en algunos de sus rasgos reprochables.

El libro está dividido en cuatro secciones: a) instituciones de gobierno; b) actores y procesos políticos; c) actores sociales; y d) políticas públicas. Una peculiaridad muy visible es que los artículos de las dos últimas secciones contienen menos generalidades sobre los rasgos de la construcción política del oficialismo, ya que al pasarse al estudio de actores sociales o políticas públicas concretas el tono se hace más preciso y moderado. Tanto si quienes redactaron los textos de las dos últimas secciones aprueban o critican en ellos al gobierno nacional, en general evitan las afirmaciones que no estén fundadas en la observación equilibrada de hechos concretos, precaución que varias veces brilla por su ausencia en las dos primeras secciones, donde se concentran los autores más visiblemente antikirchneristas, que además son amplia mayoría en todo el libro. Los “especialistas en políticas” resultan –al menos en este libro– mucho más respetuosos de los protocolos científicos que los

“especialistas en política”: por ejemplo, no recurren al tono sobrador que –salvo pocas excepciones– impera entre la mayoría de los artículos de las dos primeras secciones; prescinden de generalizaciones acusatorias e imprecisas, así como de simplificaciones excesivas en la proposición de eventuales relaciones causales entre fenómenos; evitan sesgos sistemáticos a la hora de evaluar hechos e intenciones de los actores; no aplican adjetivos deshonrosos a los actores políticos cuyas decisiones cuestionan; y en general se citan mucho menos a sí mismos. Esto último puede que no forme parte estrictamente de los protocolos científicos, pero por ejemplo ya en el primer artículo Mario Serraferrero (“Presidencia y vicepresidencia: otra difícil combinación”) cita en la bibliografía ocho publicaciones: seis son de su autoría. Por lo demás, algunos –pocos, en este caso– autores argumentan como si desconocieran los más elementales aspectos del funcionamiento real de las instituciones políticas argentinas, tal vez porque en ciencia política no suele estar mal visto que un “especialista” jamás haya visitado un ministerio, una legislatura o una gobernación, lo que suele asociarse a cierta vocación por realizar análisis “procedimentalistas” con hipótesis irrelevantes o desatinadas. Conviene de todas formas aclarar que en las dos primeras secciones hay artículos como los de Carla Carrizo, María Inés Tula y Miguel De Luca, que no tienen los defectos enumerados.

Frecuentemente ocurre en los análisis pretendidamente científicos sobre el peronismo o el kirchnerismo que, cuando quien escribe es antiperonista, suele asumir un criterio explicativo secuencial unilateral: algunos actores, los que no gozan de la preferencia del autor, son quienes siempre toman la iniciativa de maniobrar para incrementar su poder; los otros actores simplemente se adecuan para evitar ser arrollados por el apetito desmedido de los primeros; se expone esa secuencia de los hechos para sugerir que la “culpabilidad” de los conflictos políticos



siempre recae de un solo lado. No es que este tipo de explicaciones sesgadas sea patrimonio exclusivo del antiperonismo –los niños hacen lo mismo cuando se pelean–, pero al menos en este libro es algo muy visible en los autores opositores al gobierno y no en los otros, y no deja de ser llamativo que en un texto académico se aplique un análisis tan evidentemente parcial. “Lo mejor de la ciencia política contemporánea argentina” se da a sí misma un permiso generoso para publicar simplificaciones cuyo objetivo evidente es patrocinar una posición condenatoria del peronismo, pese a que en los análisis de otras fuerzas políticas los mismos autores tienen mayor disposición a aceptar los “motivos mentados”. Lo sorprendente no es la unilateralidad, sino el hecho de que en el marco de una disciplina científica se acepte tan fácilmente el sesgo constante contra alguien. Es lo que –por ejemplo– hace en este libro Roberto Gargarella (“Notas sobre kirchnerismo y justicia”), para quien los giros políticos del kirchnerismo fueron siempre acciones cuyo fin era acumular más poder y no reacciones contra iniciativas de sus adversarios. Por lo demás, de ese artículo se puede decir lo mismo que de otros tantos enmarcados en la ciencia política: analiza el “modelo” kirchnerista según lo que el autor considera que debería ser la democracia, sin tomar en cuenta que tal vez el kirchnerismo pueda tener otra idea sobre la democracia. No es que sea necesariamente mejor o peor una u otra idea, pero constatar que se trata de otro ideal ayuda al menos a evitar que se critique a un actor político por no tomar las decisiones que deberían llevar a un objetivo que en realidad no tiene. Una cosa es que un autor analice una situación a partir de un esquema conceptual acorde a sus propios ideales, y otra cosa es que en el marco de una ciencia social alguien condene todo aquello que no se condice con su ideal, máxime si no hace el mínimo esfuerzo por exponer cuáles son los valores que asumen los actores políticos que reprueba: pareciera así que algunos no tienen “ideales”, sino solamente “intenciones”.

Tampoco le faltan al artículo de Gargarella juicios de valor insólitos para un texto académico (por ejemplo, que la visión de la democracia del kirchnerismo es “inattractiva”, e igualmente no la describe), ni adjetivos despectivos (por ejemplo, menciona a los intendentes como “dueños” del Conurbano), ni usos intencionados de ciertos conceptos (por ejemplo, el de “poderes establecidos”: argumenta como si todos fueran iguales, tanto da si se trata de la Iglesia, los intendentes (?) o los sindicatos,

pero no califica de tales por ejemplo a los jueces ni a otros poderes mucho más “establecidos” que los intendentes, amén del detalle de que esa calificación refleja un muy escaso respeto por el voto del pueblo), ni afirmaciones rotundamente desmentidas por los resultados electorales (por ejemplo: “en lugar de abrirse a la ciudadanía, tratando de apoyarse en el respaldo ciudadano, el oficialismo ha preferido confiar su estabilidad a los poderes establecidos más tradicionales”, aunque es posible que en realidad el autor estuviera pensando en otro tipo de “ciudadanía”).

Otros tres artículos, los de Malamud (“Ni mucho gobierno de la opinión ni tanto regreso de la voluntad: bipartidismo recargado”), Carlos Gervasoni (“La política provincial es política nacional”) y Marcos Novaro (“La cultura política y el sentido común bajo el kirchnerismo”), contienen largas series de afirmaciones erróneas, relaciones causales simplistas, comentarios despectivos, etcétera. Por ejemplo, Malamud sostiene que “desde 1946, sólo radicales y peronistas ganaron elecciones presidenciales, pero únicamente los segundos aprendieron a culminar mandatos”, lo que supone una dosis de cinismo excesiva, teniendo en cuenta que –si se excluye la reelección de Perón en 1952– todas las “culminaciones de mandatos” de la primera mitad de ese período fueron por golpes militares. El artículo además afirma al respecto relaciones causales que de tan simplistas resultan desacertadas, como por ejemplo la que postula que la diferencia principal entre la caída de De la Rúa en 2001 y la continuidad de Cristina Fernández en 2008 se debió a que el peronismo –a diferencia del radicalismo– “moviliza masas” e “instrumentaliza” las manifestaciones de protesta para volver al poder, olvidando que seguramente intervinieron otras variables que podrían explicar mejor esa diferencia.

Gervasoni por su parte sostiene por ejemplo que tanto Menem como Kirchner eran gobernadores de “provincias extremadamente beneficiadas por la coparticipación” que “usaron sus ventajas fiscales y políticas para lanzarse a la captura de la presidencia”. Son tantas las objeciones que pueden hacerse a afirmaciones de este tipo que ocuparían demasiadas páginas, aunque a los lectores jóvenes al menos habría que advertirles que La Rioja recién fue “beneficiada” por las transferencias nacionales (no por la coparticipación) luego de que Menem ya hubiera “capturado” la presidencia. Además, el mismo autor afirma que no son democráticas las

provincias donde el candidato triunfador obtuvo un altísimo porcentaje de votos. Se preguntará el lector cuál es el marco teórico que aplica para afirmar eso, a lo que el propio Gervasoni responderá en ese mismo párrafo: no son democráticas porque Adam Przeworski sostiene que “la democracia es un sistema en el que los partidos pierden elecciones”.

Novaro, el tercero de esta saga, se diferencia del resto porque al menos ofrece hipótesis alternativas –y mucho menos simplistas– sobre un mismo fenómeno, aunque todas las que propone son desfavorables para el kirchnerismo. También hace afirmaciones que de tan concluyentes resultan desafortunadas: por ejemplo, la “ortodoxia cultural” del kirchnerismo le habría servido, según Novaro, “para polarizar el campo político y descalificar y excluir de los espacios estatales, y en alguna medida también del conjunto del espacio público, a sus adversarios”. Demuestra asimismo ser un experto en descubrir las intenciones ocultas de los kirchneristas, que siempre son, más allá de los matices, la obsesión por acumular poder.

En fin, el objetivo de esta breve enumeración no es dar cuenta de todo lo que estos autores afirman, sino simplemente mostrar la enormidad del monóculo con el que se analiza al kirchnerismo en estos artículos. Cabe aclarar además que sobre otros temas Novaro y Gargarella han escrito textos inteligentes y documentados, por lo que cabría suponer que el kirchnerismo tiene algún rasgo que anula la ecuanimidad que les sobra para otro tipo de análisis.

Párrafo aparte merece la visión que sobre su propia disciplina tiene “lo mejor de la ciencia política contemporánea argentina”. En conjunto, casi todos los artículos de las dos primeras secciones esgrimen análisis típicamente “procedimentalistas”, para los cuales la política es vista principalmente como un simple juego de posiciones de poder, sin importar los valores que impulsan los actores, ni el contenido de las políticas concretas, ni los resultados sobre los distintos sectores sociales. Todo lo que hay para estudiar son los intereses políticos y las correlaciones de fuerza, no hay ningún valor o ideal externo a la política que merezca la atención del politólogo, que por lo demás no se reprime a la hora de emitir juicios de valor. Este modelo analítico calza perfecto a cierta exculpación de algunos desaciertos de grupos políticos

opositores durante esta década: sus fracasos no habrían sido resultado del contenido de sus propuestas, ni de sus visibles alianzas con ciertos actores no estatales, y su único defecto habría sido el haber jugado limpio contra quienes juegan demasiado sucio. Como ya se mencionó arriba, hay que llegar a la segunda parte del libro para descubrir que los gobiernos nacionales tuvieron objetivos explícitos que se plasmaron en sus políticas económicas, sociales, sindicales, etcétera, y tampoco hay referencias analíticas que puedan eventualmente servir para explicar la relación entre objetivos y procedimientos en un momento concreto de la correlación de fuerzas políticas. Aparentemente, la especialización en uno u otro tema parece impedir a algunos politólogos –principalmente los especialistas en “política”– ver que lo que motiva a un actor político no siempre es el poder a secas, sino lo que puede hacer con él.

Tampoco hay en el libro referencias relevantes sobre otras dos dimensiones de la política donde en esta última década hubo grandes cambios: la lucha cultural y la territorial. La primera involucra desde el debate en y sobre los medios masivos de comunicación, hasta la educación o la crítica de prejuicios y creencias a través de recursos tan diversos como el arte o los foros virtuales. Las pocas referencias al tema en este libro se inscriben bajo la categoría de “relato kirchnerista”, especialmente en el ya mencionado artículo de Novaro, soslayándose el hondísimo bajo fondo que se ha venido sublevando en los últimos diez años. La dimensión territorial, por su parte, comprende interacciones políticas locales –incluyendo movilizaciones masivas, asistencia barrial, organización de beneficiarios, gestiones administrativas, etcétera– entre personas y organizaciones relativamente cercanas, cuando su objetivo no es visiblemente electoral. En este sentido, y cualquiera sea el juicio que pueda merecer a cada autor los roles asumidos por los adherentes del oficialismo en estos dos temas, al ignorarlos la ciencia política argentina parece mostrar un excesivo tributo al procedimentalismo propio de algunos autores europeos, en tanto deja de lado no sólo los aportes conceptuales de muchos de los cientistas sociales latinoamericanos, e incluso de buena parte de los norteamericanos, al menos en lo referido a la importancia política de la lucha cultural. Además, siendo los autores de este libro en su mayoría doctores en ciencias sociales, asombra que no reparen en que escribir una explicación no es lo mismo que demostrar su validez. Es digna de ser celebrada

la producción militante y apasionada en la ciencia política, pero no cuando deja de ser ciencia y pasa a contener hipótesis banales cuya única lógica explicativa es la maldad apenas disimulada de los actores políticos que cada autor reprueba. Para argumentar en ciencias sociales se requiere algún fundamento más que la convicción de que los malos tienen siempre muy malas intenciones.

Ya es hora de que obtenga reconocimiento académico una nueva rama de la ciencia política vernácula, el “intencionalismo”: una corriente interna del funcionalismo que explica la realidad política tomando como datos los motivos declarados solamente cuando configuran “confesión de parte”, y asume que siempre es por definición perversa la intención que guía a ciertos actores. ¿Es mucho pedirle a la ciencia política el rechazo de explicaciones tan sistemática y unilateralmente sesgadas, o asumir el supuesto de que no todas las acciones de un actor político colectivo tienen univocidad de sentido? ¿Cuánto desprecio por el peronismo es necesario para no poder notar que semejante sesgo desvirtúa la pretensión de considerar estos textos dentro de cualquier noción amplia de “producción científica”? ¿Es completamente descabellado suponer que quizás los peronistas tienen otra idea de democracia, diferente a las que suelen figurar en los manuales europeos de ciencia política? ¿Tan inaccesible es la información que permitiría bucear en los rasgos genéricos de esa idea alternativa de democracia? Parte de la culpa le cabe a los propios peronistas, que no suelen escribir libros académicos sobre este tema. Pero a esta altura del desarrollo de la metodología de las ciencias sociales es posible obtener información de otras fuentes que no sean los libros académicos: los peronistas figuran en la guía telefónica. Es posible incluso formular la hipótesis de que tal vez los kirchneristas tengan ideas y valores políticos, equivocados o no, pero en los que sí tienden a creer. ¿Entonces por qué al menos no se les aplican los sutiles instrumentos de la etnografía?

Cuesta aceptar que la producción de varios de estos autores pueda conformar lo mejor de la ciencia política argentina. Sí tal vez podría ser lo mejor que puede lograr cierto perfil de profesionales consagrados en algunas universidades, lo que representaría un posible indicador sobre la calidad de esos ámbitos.

Colaboraciones

La Revista de Políticas Sociales pretende intervenir en el debate en torno al campo de las políticas sociales consideradas en sentido amplio, incluyendo normas, provisión de bienes y servicios por parte de cualquiera de los niveles del Estado, procurando aportar al análisis y a las propuestas para una mejor articulación entre políticas sociales sectoriales entre los distintos niveles del Estado, y entre éste y los actores sociales no estatales.

1. Los escritos que se remitan para su publicación en deberán ser originales e inéditos. En la primera página se deberá colocar: título, autor/es, lugar de trabajo y correo electrónico del primer autor.

2. Los artículos no deberán tener una extensión mayor a 20.000 caracteres con espacios, incluyendo texto, tablas y bibliografía.

3. No se deberán usar en el texto negritas, subrayados o viñetas. La letra itálica o cursiva deberá ser usada sólo para títulos de publicaciones y para palabras en otros idiomas, y el entrecomillado sólo para citas textuales.

4. Las citas bibliográficas deben estar incluidas dentro del cuerpo del artículo, de acuerdo a la normativa APA consignando los datos entre paréntesis. El formato requerido en la bibliografía al final de texto será el siguiente: apellidos, nombres (año): título sin comillas en cursiva. Editorial, lugar. En el caso de textos disponibles en Internet debe consignarse el URL y la fecha de consulta.

5. Si el artículo incluyera tablas, gráficos o mapas deberán citarse en cada caso la fuente de los mismos. Tablas, gráficos o mapas deberán estar incrustados en el texto del artículos, pero además deberán remitirse en archivos separados para que pueda modificarse su tamaño, escala, color, letra, etc.

6. La evaluación del artículo será realizada por el Consejo de Redacción y su aceptación será comunicada oportunamente en un plazo no superior a seis meses.

Los trabajos y colaboraciones que deseen enviarse, deben remitirse a: Revista de Políticas Sociales, Centro de Estudios de Políticas Sociales, Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales Universidad Nacional de Moreno.

Av. Bme. Mitre Nº 1891, Moreno (B1744OHC)
Email: rps@unm.edu.ar

Teléfonos.: Líneas rotativas
(54 237) 466-7186/4365/1529/4530
(54 237) 462-8629
(54 237) 460 1309
interno: 125

Universidad Nacional de Moreno

Hugo O. Andrade
Rector

Manuel L. Gómez
Vicerrector

Jorge Luis Etcharrán
Director General del Departamento de Ciencias Aplicadas y Tecnología

Pablo A. Tavilla
Director General del Departamento de Economía y Administración

Marta P. Jorge
Directora General del Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales

María C. Belziti
Coordinadora de la Licenciatura en Trabajo Social

Roberto Marafioti
Coordinador de la Licenciatura en Comunicación Social

Lucía Romero
Coordinadora de la Licenciatura en Educación Secundaria

Nancy Mateos
Coordinadora de la Licenciatura en Educación Inicial

Mariano Fontela
Director del Centro de Estudios de Políticas Sociales



DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MORENO

